
Nacionalismo en Cataluña

La última utopía

Luis Fernández Torres

«Al margen de lo que afirman los médicos, neurólogos y psiquiatras sobre nuestras posibilidades infinitas, cada hombre dispone de una resistencia moral limitada, más allá de la cual se abre un abismo personal» (Anna Politkóvskaya, 2008). Seguramente pueda ser tachado de exageración recurrir a una cita de Politkóvskaya para abrir un texto sobre el nacionalismo en Cataluña, que al fin y al cabo se sitúa en un contexto muy distinto. Sin embargo, tengo la sensación de que a pesar de todas las diferencias, cada fisura en el entramado social nos acerca un poco más a la emergencia de esos abismos que mencionaba la malograda periodista rusa. La responsabilidad, la ética de las consecuencias según la conocida expresión formulada por Max Weber al final de su conferencia «La política como vocación» (*El político y el científico*, 1979), debería informar la acción de los políticos, debería concretarse precisamente sobre la creación de redes de seguridad que nos alejen de ese vacío moral. Cataluña, España, está muy lejos de pa-

recerse a Chechenia, Rusia, que describió la periodista, asesinada no muchos años después de escribir estas líneas. Y, sin embargo, ambas parecen poner a prueba en escalas distintas el mismo núcleo moral del ser humano mediante un mecanismo similar, el de polarizar, entre otras formas, una comunidad sobre ejes lingüísticos y étnicos. El vector político en el que convergen esos elementos es el nacionalismo. Éste es un constructo ideológico con poco más de doscientos años de historia, a lo largo de los cuales ha adoptado sentidos diversos, en parte contradictorios, muchas veces al servicio de proyectos políticos de mayor alcance en los que jugaba bien el rol principal o adquiriría un papel más instrumental. Ese devenir histórico, caracterizado por sucesivas modificaciones de su contenido, no ha supuesto la eliminación de usos previos por otros nuevos, al menos no completamente. Más bien se han acumulado, depositándose en capas de sentido susceptibles de ser activadas en discursos posteriores. A esta riqueza de matices hay que añadir además que en buena parte del mundo occidental es la única ideología decimonónica que ha sobrevivido hasta la actualidad con fuerza. Esa particularidad, que le hace destacar desde nuestro presente entre los *ísmos* del XIX, nos lleva a preguntarnos de modo casi inevitable por las razones de esa pervivencia. Sobre todo teniendo en cuenta las sucesivas ocasiones en que durante los últimos ciento cincuenta años ha sido descartada como inspiradora de movimientos políticos relevantes en un mundo teleológicamente dirigido hacia un marco global, que diluía a su paso las fronteras. ¿Por qué, esa resiliencia que, en definitiva, permite al nacionalismo vehicular los miedos y esperanzas del Occidente del siglo XXI? La pregunta es de largo alcance y no es mi objetivo dar una respuesta con aspiraciones de generalidad, válida para los diferentes contextos en que reaparece este fenómeno. Mi intención es más limitada, aunque no por eso carente de cierta complejidad. Intento explicar(me) cómo la idea de una nación catalana se ha convertido

en el medio clave de movilización política para sectores ideológicamente diversos y cómo esta movilización es a su vez capaz de despertar simpatías en parte de la sociedad española. Entre otros aspectos, responder a esas preguntas requiere acudir a la historia del nacionalismo y al abanico de sentidos que ha ido desplegando este instrumento conceptual/ideológico al hilo de los acontecimientos. Sobre este punto centraré mi atención.

El nacionalismo ha mostrado repetidas veces su capacidad para actuar en periodos caracterizados por discursos distintos. En una ordenación de trazos gruesos, puede distinguirse una larga primera fase que alumbra el nacionalismo político de corte revolucionario de fines del XVIII y principios del XIX y la variante romántica, que surge en Alemania en parte a consecuencia del sismo sociopolítico provocado por el anterior modelo y que combina el elemento político previo con componentes culturales. En una segunda etapa se asiste a la hibridación del modelo político con el socialismo, fundamentalmente en los procesos de descolonización en torno a mediados del siglo XX (Alain Finkielkraut, *La derrota del pensamiento*). El objetivo en este caso es la emancipación de las clases subalternas mediante el proceso de construcción de nuevos Estados nación. Las relaciones entre socialismo y nacionalismo han sido complejas y pueden encontrarse interpretaciones que integran positivamente en el esquema de análisis marxista de la historia su presencia con otras que lo rechazan. Para el propio Marx y sus inmediatos intérpretes del área europea –Lenin, Kautsky, Rosa Luxemburgo, Stalin– la cuestión nacional se mantenía en términos tácticos. Sólo el austromarxismo de Bauer o Adler intenta ir más allá en la interpretación de este fenómeno. Los debates que a finales del XIX y principios del XX giran en torno a esta polémica parecen decantarse finalmente, con la multiplicación de los procesos de descolonización, por una mayor integración de ambos constructos ideológicos. El producto de la combinación de un na-

cionalismo ajeno en sus líneas básicas a elementos culturales, que enfatizaba, por tanto, contenidos generales, como la igualdad, la participación del pueblo en el poder político, frente a la acentuación de lo singular, propio del nacionalismo romántico, y del proyecto socialista permeó de este modo el ambiente revolucionario de la segunda mitad del siglo XX. Precisamente esa generalidad y la consiguiente abstracción de los contenidos, el papel de pueblo como sujeto político, vinculan a un tronco en parte común, ilustrado, moderno, con diferentes dosis teleológicas, al nacionalismo político fraguado durante la Revolución francesa y al socialismo. La otra variante, la romántica, se presentaba como menos funcional para la izquierda, al menos durante un tiempo. El resurgir de la reivindicación de la singularidad a partir de los años sesenta, que fue de la mano del rechazo de una razón absoluta concebida como garante de la historia y de la idea de progreso, desveló nuevos rasgos de la importancia de lo identitario para la liberación individual y colectiva del ser humano, que en adelante podría articularse siguiendo las líneas de fractura marcadas por el género, la cultura, la raza, y, como subproducto, casi de contrabando, también por lo nacional.

Este esbozo de la acumulación de significados y usos no constituye desde luego una exhumación exhaustiva de sentidos fosilizados, sino, al contrario, una suma de estratos con distinto grado de latencia o actividad que en todo caso son susceptibles de ser actualizados y combinados en contextos diferentes a los de su surgimiento. Su riqueza histórica permite que pueda acudir a sus componentes para arropar con el manto de la movilización nacional distintas respuestas a las incertidumbres del presente, estructurando así una política concreta a partir de la diversidad de sentidos y orígenes ideológicos presentes en el concepto. Desde este marco interpretativo, podría explicarse la capacidad del nacionalismo de última hora para atraer a sectores con culturas políticas y pro-

yectos sociales no sólo divergentes, sino en algunos casos estrictamente opuestos. Desde el marxismo de los partidos comunistas, la socialdemocracia y la izquierda posmoderna que enfatiza las cuestiones identitarias hasta las diferentes gradaciones del espectro político liberal y conservador. Todos pueden encontrar acomodo en la última de las utopías que se despliega en el territorio catalán. Por esa razón su rebrote ha sido calificado como «utopía de recambio», «disponible» (Marina Subirats), o «utopía comodín» (Fernando Vallespín), resaltando un aspecto subsidiario ante el auténtico combustible del malestar, o en cierto modo fraudulento frente a sus otras manifestaciones históricas. Con ello se soslaya una continuidad estructural a lo largo del tiempo que también ahora aclara su potencial movilizador: su carácter de ideología receptáculo. No obstante, al contrario de lo que esta denominación provisional pueda sugerir, el nacionalismo está hoy día lejos de mostrarse como un objeto pasivo. En cambio funciona coyunturalmente como eje movilizador de una serie abigarrada de cosmovisiones y, en este sentido, prevalece sobre ellas, colonizando, en tanto en cuanto muestre de forma persuasiva su objetivo final —la construcción de un Estado nación—, distintos movimientos políticos y sociales, que pasan a orbitar a su alrededor.

Esta habilidad para confluir con otros contenidos ideológicos no es históricamente novedosa. De hecho es una característica básica que lo distingue de otros grandes constructos ideológicos, como es el caso del liberalismo o del socialismo. Frente a ellos el nacionalismo carece de una teoría social explícita, con un cuerpo de textos canónicos atribuidos a una nómina de autores de referencia, instauradores, en palabras de Foucault, de discursividad (*¿Qué es un autor?*) Este contenido lo adquiere en cambio mediante su vinculación con otras ideologías, como es el caso de las dos anteriores. Lo más parecido a una estructura teórica consistente que vaya más allá de la afirmación básica de la nación como sujeto

clave de la historia puede encontrarse en sus manifestaciones raciales de finales del XIX y principios del siglo XX, expresando una filosofía de la historia y del devenir de las poblaciones. No obstante, su alcance se circunscribe a algunas de sus manifestaciones y no ahonda en un análisis amplio de los mecanismos que regulan la vida de una sociedad. Esta carencia, como fácilmente puede deducirse de lo expuesto hasta aquí, se ha convertido, sin embargo, en una virtud, permitiéndole actuar como contenedor de diversas interpretaciones de la vida económica y política, amalgamándose con movimientos tanto liberales como socialistas o de extrema derecha. Una suerte de macroideología, según la definición de Michael Freeden, formada por módulos de distinta procedencia que, frente a lo que el profesor de Cambridge señala, pivotan en este caso sobre y son cobijados por un proyecto de construcción nacional (Freeden, 2013). Éste es parte del sustrato sobre el que se asienta el nacionalismo europeo del siglo XXI, que el contexto concreto de Cataluña elabora dando lugar a las especificidades del *procés*.

Buscando el futuro en el pasado

El carácter potencialmente poliforme del nacionalismo contemporáneo tiene mucho que ver con el tratamiento de dos de las dimensiones cruciales de la experiencia humana: el tiempo y el espacio. De ninguna hay una percepción pura. Concebimos el tiempo a través del movimiento en un espacio, y éste a su vez, en cuanto trabajado culturalmente, es decir, dotado de sentido para una comunidad, es el escenario sobre el que se despliega la historicidad del ser humano. Anthony Giddens señaló que en las sociedades contemporáneas ambos polos se desconectan (*The Consequences of Modernity*, 1996). El nacionalismo de principios del siglo XXI

puede interpretarse en este sentido como una reacción a este proceso, un intento de coser de nuevo ambas dimensiones, recuperando lo que se presenta como una necesidad antropológica para toda comunidad humana.

El tiempo, o mejor dicho, la estructuración del pasado, el presente y el futuro constituye, por tanto, una pieza elemental de las cosmovisiones políticas modernas a la que no es ajeno el nacionalismo. Como corresponde a todo marco de pensamiento contemporáneo que cuente con dosis utópicas, el nacionalismo catalán reelabora, por un lado, una tradición, que se concreta en la construcción de lugares de memoria, incluso en el corto plazo (Nora, 1984). El 1 de octubre de 2017, fecha de celebración del referéndum de independencia y de las cargas policiales, cuyas imágenes dieron la vuelta al mundo, se convierte de esta forma en un referente simbólico apenas sucedido y encuentra su lugar en el listado de agravios que vulneran la voluntad del pueblo catalán. Estirando el arco temporal, pasado y futuro ya se habían anudado previamente en la «Declaración de soberanía y del derecho a decidir del pueblo de Cataluña» de finales de 2012, en la que se establecía un relato unidireccional que se remonta a la Edad Media para demostrar la voluntad de autogobierno de los catalanes. El año 1714, que puso fin a la Guerra de Sucesión española en Cataluña y supuso la subsiguiente abrogación de los fueros del territorio perteneciente a la Corona de Aragón, se convertía en ese documento en paradigma de la construcción de un relato nacional, en el que sin solución de continuidad se conectaba un pasado más o menos remoto con los acontecimientos más recientes. La reforma del Estatuto y el dictamen del Tribunal Constitucional de 2010 se integraron asimismo con naturalidad en ese relato. En la estela de la fiebre de los centenarios, el año 2014 se saturó de un simbolismo que alcanzaría su mayor intensidad en la consulta con aire de referéndum de 9 de noviembre de ese año. «La historia nos convoca»,

afirmaba durante esos días el «eslogan inquietante» de un anuncio institucional (Jordi Amat, 2017). Las ruinas de 1714, un espacio de memoria inaugurado en 2013 que adopta la forma de centro cultural –el Born CC–, eran la raíz del presente.

En el otro extremo de la línea temporal, también se incluyen expectativas mediante la incorporación de contenidos «utópicos» asociados a la idea de república, que a lo largo de la historia contemporánea española se ha ido vinculando, más allá de ser una forma de gobierno, con un ideal de justicia social, transparencia política y democracia plena. Contenidos asumidos en diferente medida por todo el espectro político catalán y por parte de la izquierda española. Este sentido progresivo del concepto de república, que entronca con la idea de progreso que arranca de la Ilustración, recuerda a ese «fetichismo de las palabras» que denunciara hace ya más de un siglo, en una conferencia del Ateneo de Madrid, Melchor Almagro. Una actitud que otorga significados inmodificables a los términos que identifican formas de gobierno. En consecuencia, una monarquía implicaría correlativamente la presencia de súbditos, oponiéndose antitéticamente a toda forma democrática de organización del Estado (Almagro, 1910).

Como en algunas de sus formulaciones políticas clásicas, el anterior enfoque genera un reverso oscuro, estableciendo una relación dicotómica expresada tradicionalmente mediante la contraposición entre la luz y las tinieblas. Al desarrollo de la reforma política, económica y social –el énfasis en los diferentes aspectos varía en función de la adscripción ideológica de los partidos próximos al soberanismo catalán–, se opone como un reflejo invertido la idea de una España polvorienta, decadente y opresiva, tanto en su pasado más lejano como en su historia reciente, abarcando ésta la etapa posterior a la Transición, en la que la dictadura franquista dio paso a la monarquía constitucional. En este sentido, escapar de España permite evitar la decadencia. Lo interesante es cómo estas

asimetrías se ligan con un pasado idealizado en el que se encuentran parcialmente prefiguradas –es el caso del defensor del pueblo, el *síndic de greuges*– mediante la inserción –ideológica– en el relato de una variable independiente (Koselleck, 2012). Esta variable, el sujeto nacional concebido como agente de la historia, sutura futuro y pasado. La construcción de la nación se erige así en medio para compensar las expectativas decrecientes que caracterizan un futuro percibido como incierto. El resultado en la trama temporal es una concepción del tiempo que no se reduce a la simplicidad lineal de una pendiente ascendente o descendente, de progreso o decadencia, o a una circularidad formal que implica nacimiento y desaparición. Buena parte del nacionalismo curva, por el contrario, el movimiento lineal con dosis de circularidad mediante la recuperación de la esencia subterránea de un pueblo. La incorporación de la idea de renacimiento da lugar a una concepción en espiral, una palingénesis mejorada que no renuncia a un cierto progreso. En un mundo en el que el futuro se pierde entre tinieblas, el nacionalismo se revela como la última utopía temporal, re-situando parcialmente el futuro en el pasado.

Las paradojas posmodernas

La mirada que se bifurca al pasado y al futuro amplía de esta forma su capacidad de incorporar corrientes ideológicas con divergentes lecturas del tiempo. En este sentido, deja un lugar para integrar potencialmente la aparición de lo nuevo en política. Este último aspecto es evidente en el caso del marxismo, como también lo es en el de los movimientos que caen bajo el concepto general de revolución conservadora. La diferencia entre ambos grupos es que el primero no plantea en sus versiones «clásicas» una recuperación de la historia particular de un pueblo como combustible de la crea-

ción de lo nuevo, lo que sí se realizará bajo el concepto de renacimiento en la reacción revolucionaria (Griffin, 2015). La situación, como mencioné más arriba, cambia con la izquierda posmoderna. Su giro hacia políticas basadas en la identidad le permite aunar una revolución socioeconómica con la recuperación de un lugar histórico, concreto, supuestamente empírico, previo. El espectro de quienes comparten que la historia se puede hacer recuperando el pasado o al menos parte de él se amplía. Quizá porque «ser [pos-] modernos [como escribía Marshall Berman] es vivir una vida de paradojas y contradicciones [...] Es ser, a la vez, revolucionario y conservador: vitales ante las nuevas posibilidades de experiencia y aventura, atemorizados ante las profundidades nihilistas» (Berman, 1989). En otros términos expresó Passolini una confusión similar sobre las antiguas categorías que dividían las concepciones del mundo político y estético. Lo avanzado y lo retrasado, la conservación y la revolución, aparecían ahora en algunos casos entremezclados o carecían simplemente de sentido (Passolini, 1997). Este viraje hacia cuestiones identitarias, acompañado del abandono de un enfoque reformista global, trastocó en la izquierda concebida en sentido amplio una concepción temporal lineal, haciendo más complejas y móviles las relaciones entre los tres espacios temporales. El profundo cambio que produjo esta reconfiguración ha sido señalado como causa del desdibujamiento de la izquierda «institucional» en todo el mundo (Lilla, 2016). Cuando se pone sobre el tablero político el debate sobre esencias, no hay un compromiso posible. Lo material, lo administrativo, las reformas, las riquezas, en definitiva, permiten el reparto, el acuerdo.

Frantz Fanon muestra en cierto modo un pensamiento en transición entre los dos modelos esbozados. Por una lado, presenta rasgos propios de la izquierda tradicional en su dimensión temporal —una perspectiva en la que el pasado se supedita y diluye ante el carácter lineal ascendente de la historia— que conviven, por

otro lado, con un marco que sustituye la tradicional lucha de clases por el conflicto entre el mundo occidental y los pueblos colonizados (Fanon, 1983), abriendo una puerta –que no terminó de cruzar– hacia la coagulación y en ciertos casos solidificación de identidades históricas incompatibles.

Este complejo entrecruzamiento de las temporalidades permite integrar perspectivas y sus respectivos bagajes de motivaciones bajo la cobertura del concepto movilizador de nacionalismo. Sin embargo, el desarrollo del tiempo como pilar clave del soberanismo sólo alcanza todo su potencial al imbricarse con la dimensión espacial. Un territorio definido, que abarca en varias formulaciones los llamados *països catalans*, permite asentar algo tan abstracto como el tiempo histórico en una realidad perceptible por los sentidos, aunque sólo sea a través de alguno de sus fragmentos espaciales. El territorio catalán se transforma así en lo que los antropólogos llaman «un lugar», un espacio atravesado por vivencias colectivas que vertebran un sentido de pertenencia e identificación y que constituyen una historia común. Su ausencia caracterizaría, en consecuencia, un «no lugar», tomando prestado el concepto elaborado por Marc Augé (Augé, 2000). El relato soberanista parece, sin servirse de esta categoría analítica, aplicar a España este último sentido. Un primer recurso en el que se apoya esta concepción es léxico. La denominación utilizada para referirse a la entidad política española es «Estado español», un concepto vacío de emotividad que designa un aparato jurídico, político y administrativo. Convertir mediante el lenguaje a España en un no lugar supone negar simultáneamente una conexión a nivel profundo entre las partes que lo integran, convertirlo en un espacio de tránsito, sin densidad, autenticidad, sin lugares de memoria. Si un lugar es el producto del tiempo enlazado a través de operaciones sobre el espacio, la conversión de España en un no lugar sería una muestra de la moderna desvinculación entre

las dos dimensiones básicas que Giddens identificó como rasgo de las sociedades modernas.

El Estado español se reduce entonces a un plano bidimensional, carente de historicidad. Su propia representación en los medios de comunicación españoles parece avalar involuntariamente esa idea, apuntalándola mediante su identificación con un mero mapa. Una imagen que se desarrolló paradójicamente durante el franquismo, como también el sintagma «Estado español». En ese periodo la simbología nacional de origen liberal fue eliminada. Hay que recordar que entre la tríada del mal que obsesionaba al franquismo se encontraba junto al comunismo, la masonería y el liberalismo. El resultado de la monopolización del sentido de lo que había que entender por España, elaborado como ya sucediera más de cien años antes mediante la construcción de un «pasado fantástico» (González Cuevas, 2000 –señaló que «durante la época fernandina se produjo una tal alianza del Altar y trono que el hecho puede considerarse como un retorno hacia un pasado fantástico»–), sumado a la erradicación de un liberalismo agonizante en sus dimensiones material y simbólica, contribuyó entre otros factores a desincentivar en la oposición a la dictadura, en la que fue especialmente activa la izquierda comunista, la búsqueda de una memoria nacional como parte del arsenal retórico, acentuando las polarizaciones políticas, territoriales y sociales que se habían ido fraguando durante el anterior siglo. De este modo, se potenció la transformación de la comunidad política española en un espacio de memorias rasgadas y la independencia catalana en un contenedor de elementos diversos, en el vector de movilización más potente.

Esta unidad coyuntural en torno al proyecto de secesión presenta desde luego fisuras que afloran a la hora de desentrañar la idea de autodeterminación en su dimensión social, que no es idéntica en la interpretación de la izquierda y en la de la burguesía nacionalista catalana. Una la vincula a proyectos de reforma so-

cial, la otra, a una inserción más favorable en el mercado mundial. Sin embargo, la confluencia entre ambos se logra disponiendo cronológicamente los objetivos: primero la independencia y luego la agenda social. Esta progresión temporal permite unificar en un mismo espacio a nacionalistas conservadores con independentistas antisistema. Ahí es donde Quim Torra, conocido por unas ideas políticas que combinan posiciones ultramontanas y de la derecha revolucionaria, y la CUP coinciden. Para la CUP es la ventana de oportunidad para quebrar el sistema imperante política, social y económicamente. Para parte de sus miembros, la independencia es concebida en este sentido de forma instrumental.

El contenido concreto de la carcasa ideológica que es el nacionalismo se traduce finalmente en un conjunto flexible de significantes compartidos, de expresiones e ideas, que a su vez son susceptibles de ser condensados semánticamente de forma diversa: Estado español, república, régimen del 78, derecho a decidir, fascismo. Como he señalado más arriba, esta ambigüedad es condición de su capacidad para hacer gravitar parte de los discursos políticos españoles en torno al eje soberanista.

A este marco contribuye una actitud de «revancha» en un sector de la izquierda española, que se plasma en su análisis de la Transición. Desde esta perspectiva, el proceso iniciado con la muerte del dictador Francisco Franco consistió en una transacción perpetuadora de herencias franquistas que pasaron a caracterizar una democracia hipotecada que la izquierda de la época no supo o quiso solucionar. Este discurso ha sido rápidamente asumido como propio por los partidos que persiguen la independencia, reforzando el imaginario político compartido con los críticos de la Transición mediante la vinculación de la reivindicación de la soberanía con el déficit democrático del Estado español. No puede sorprender, por tanto, el éxito del sintagma «régimen del 78», que precisamente sugiere esa continuidad estructural entre el «régimen franquista» y

el sistema actual. El principio democrático aparece en esta interpretación de la historia reciente como vía para superar una atmósfera sociopolítica viciada a la que de forma general apela tanto parte de la izquierda española como los soberanistas. Convergència i Unió apostó decididamente por este giro democrático para recuperar la hegemonía en Cataluña. Inicialmente su ejercicio se vinculó a la obtención de un pacto fiscal equiparable al concierto económico vasco. En ese contexto, Artur Mas, jefe de la oposición al gobierno de la Generalitat en aquellos años, definió en 2007 el derecho a decidir de los catalanes como «democracia en estado puro». Si Cataluña era una nación, sus ciudadanos tenían derecho a decidir democráticamente sobre todo lo que les afectase.

Votar en libertad y sin restricciones aparentes se constituye en medio para solventar un sistema rancio. Una vez asumido como principio axiomático de la política, la enunciación del principio democrático resulta inatacable y, como explícitamente se plantea en ámbitos soberanistas, superior a cualquier norma positiva. De nuevo, las divergencias surgen en torno a la naturaleza de los objetivos defendidos: unos apostando por la reforma del sistema –sin cerrar la puerta a aceptar la secesión democrática de una parte del país–, otros por escapar de él. A pesar de la diversidad de interpretaciones, ambos sectores asumen como objetivo común el ataque al «régimen». El soberanismo catalán se sitúa así mismo en la vanguardia de ese movimiento, que colateralmente ayudará a la propia España a superar el marasmo que representa el PP, encarnación de la España irreformable, que desemboca en el diagnóstico de una democracia fallida. Esa autointerpretación se manifiesta, por ejemplo, en la forma condescendiente con que la izquierda catalanista ha tratado y trata a una izquierda española que parece asumir comparativamente su carácter descafeinado.

Confluencia significativa por tanto entre el marco de parte de la izquierda española y el soberanismo que coloca a la primera ante

una tesitura complicada, una tensión que amenaza con estallar entre la defensa del referéndum como ejercicio genuinamente democrático, pero sin apoyar la separación, y la apuesta por una reforma profunda del marco jurídico territorial. El equilibrio imposible que implica esta posición pasa a un aparente segundo plano cuando el foco se pone en la responsabilidad del PP por la crisis del *procés*. Así puede describirse un lado tenebroso de la democracia española, en la que un excesivo legalismo, que reduce la democracia al Estado de derecho, encubre en realidad una intolerancia hacia las prácticas democráticas. En este sentido se observa un desplazamiento coyuntural desde la defensa del derecho a decidir, autodeterminación o independencia, como se han denominado sucesivamente los objetivos soberanistas, a una defensa de la democracia en la que los actores políticos que buscan desbordar el «régimen del 78» tienen un punto de encuentro.

La búsqueda de la identidad entre cultura y territorio

El nacionalismo es el vehículo del pasajero posmoderno a la búsqueda de sentido social, un pasajero varado en estaciones de servicio. Es, en otras palabras, el medio para cauterizar la dispersión provocada por la sobremodernidad, si bien su carácter propositivo, al menos en España, es más escaso que el de sus orígenes históricos. Actualmente es un nacionalismo amalgamado por lo negativo, España, encarnando ésta al opresor, un agujero negro de la interseccionalidad que hila bien con la leyenda negra: un Estado colonial, racista, patriarcal..., lo que permite converger coyunturalmente en torno al soberanismo a un abigarrado conjunto de movimientos, que va desde el nacionalismo conservador a grupos políticos de extrema izquierda y a algunos movimientos ecologistas y feministas. Esta aglomeración representa una de las

formas que adopta el multiculturalismo, la que va más allá de la mera reivindicación de la igualdad para los grupos subalternos y aspira a reescribir la historia de los grupos minoritarios. Ahí caben catalanes, pero también mujeres y otras minorías oprimidas, como la izquierda durante el franquismo. El peligro de jugar la carta de la identidad es su fácil deriva hacia la consolidación de brechas sólidas esencialistas entre los grupos divididos según los diferentes ejes categoriales, diferencias que se resumen en la dicotomía opresor-oprimido.

La «leyenda negra» va incorporando entre tanto nuevas páginas a su historia. Es difícil resistirse a citar al actual presidente de la Generalitat, Quim Torra. Con él, se ha dicho, «el independentismo ha llegado a la última estación, la de un movimiento de extrema derecha» (Giménez, 2018). En su interpretación de la historia española, «el saqueo castellano de Hispanoamérica tiene pocos ejemplos comparables en la historia de la humanidad. Es un récord ganado a pulso y que les pertenece de forma indudable. La represión, la esclavitud, el arrasamiento de culturas enteras ligan este período con la más negra de las criminales leyendas europeas», imagen que completa inmediatamente señalando que «España, esencialmente, ha sido un país exportador de miseria, materialmente y espiritualmente hablando. Todo lo que ha sido tocado por los españoles se ha convertido en fuente de discriminaciones raciales, diferencias sociales y subdesarrollo. La “Madre Patria” ha acabado devorando siempre a sus hijos y les ha dejado la peor de las herencias: una identidad contrahecha, una memoria extirpada, la suburbialización mental» (Torra, 2010). Esta descripción hiperbólica es posible que no represente el sentir hegemónico del independentismo y de parte del espectro político español que defiende posiciones más o menos comprensivas con las demandas nacionalistas, pero refleja en grado extremo una actitud agria que con distintas concentraciones impregna a algunos parti-

dos y movimientos políticos. No es sorprendente que para quienes asumen siquiera parcialmente una visión tan negativa del Estado español la escisión sea concebida no ya como una opción deseable sino como una exigencia moral.

El pecado original del nacionalismo, la búsqueda de la identidad entre cultura y territorio no actúa sólo como un lecho de Procasto político, sino que resulta en el contexto actual irracional, contrario a las tendencias de nuevas oleadas migratorias que modifican la composición étnica y lingüística de las poblaciones añadiendo una nueva y mayor complejidad gestionable a través de los derechos individuales y colectivos que no se vinculan al eje cultura-territorio. Ningún lugar está destinado a una cultura. La integración de las nuevas poblaciones debe, desde luego, llevarse a cabo y facilitarse, pero no desde su ligazón a la tierra, sino desde la conciencia de que toda comunidad política requiere un consenso acerca de su funcionamiento.

El nacionalismo no sólo atenta contra la diversidad existente en un espacio físico en un momento dado, sino que proyecta ese movimiento contra toda diversidad futura, yendo así en contra del curso histórico. Esto no significa que no tenga impacto por ir a contracorriente de una lógica de la historia; no hay tal razón global, pero sí actos políticamente más o menos razonables, ajustados en mayor o menor grado a las tendencias predominantes. Ante las dislocaciones sociales, económicas y políticas fruto de la globalización puede lanzarse una campaña frontal o intentar encauzarlas con el objetivo de generar escenarios probables de menor inestabilidad. El nacionalismo es una reacción frontal del primer tipo. Puede tener éxitos parciales que arrumben el proceso globalizador en varias de sus dimensiones, pero con un coste que se presume muy elevado para la pacífica convivencia de las poblaciones. Y, sin embargo, probablemente siga siendo necesario recuperar un anclaje identitario –si bien no en la clave espacial del nacionalismo

«ortodoxo»— que implique una mínima exclusión como componente nuclear, desterritorializando, como ya intentó el austromarxismo, en lo posible la identidad que se establece entre cultura y política.

Esta última observación seguramente sea insoslayable: la búsqueda de una necesaria identidad construida sobre pilares distintos. Dónde encontrarla se vuelve una cuestión perentoria. En el caso español, una posibilidad de dar con ella podría consistir en retrotraerse al momento de mayor abulia social de nuestra historia reciente —la década de los cuarenta—, en concreto en poner el foco en su última fase, posterior en poco más de una década al acontecimiento clave que definió la historia política del tercio central del siglo XX: la Guerra Civil. A comienzos de los años cincuenta se inició un proceso que colocó a la sociedad española en una situación cercana a la anomia, fruto de la desestructuración de la relación entre campo y ciudad y de un desequilibrio social, económico y cultural que se prolonga hasta el presente: la gran emigración. Nos encontraríamos ante la aparente paradoja de que el mismo contexto político que catalizó el progresivo divorcio de un proyecto común en parte de determinados sectores políticos y sociales y coadyuvó al masivo proceso de emigración que tuvo lugar entre los años cincuenta y setenta —que a su vez reforzó la desconexión simbólica— ofrece un campo para la construcción de una memoria compartida. Sería un ejemplo más de cómo lo que genera los desequilibrios de un mundo histórico en contante aceleración ofrece en ocasiones simultáneamente instrumentos para paliar sus consecuencias.

Es, en la afortunada fórmula de Sergio del Molino, el surgimiento de la España vacía, que creó un auténtico agujero poblacional en el centro geográfico del país —con la excepción de la capital, Madrid, una de las grandes beneficiadas de ese movimiento migratorio—, lo que medio siglo después aún no ha sido objeto de una construcción política. Su impacto en cuestiones de índole mate-

rial, como el equilibrio territorial, económico, demográfico, pero también en temas culturales, con el problema del mantenimiento y transmisión de una panoplia de tradiciones, constituye un trasfondo ineludible para cualquier intento de configurar un proyecto colectivo capaz de incluir todas las biografías, bien en su papel de emigrantes o en el de receptores.

Dar sentido a la relación ambigua con el campo se convierte en un reto. Un gran número de emigrantes –y sus hijos– vuelven todavía durante las vacaciones a sus lugares de origen, pero simultáneamente lo rechazan por estancado –la figura del paleta muestra esa actitud–. El campo al fin y al cabo era en buena parte un contexto caracterizado por una pobreza abyecta, transida de desigualdades, pero que configuraba lugares. Madrid se transforma en su opuesto, con un exceso de población y carente de una identidad sólida. Es un mero centro de señales. Sin historia. Construido con retazos de memorias locales sin cordón umbilical y una masa desarraigada. Bajo ese aparente erial, que oculta las desconfianzas mutuas que surgieron entre los que se quedaron y se fueron y la esquizofrenia cultural y afectiva de los emigrantes, podría haber un material no explotado para un nuevo mito –negativo y constructivo simultáneamente– de la sociedad española. Quizá una derrota contra sí misma en el itinerario de su desarrollo podría reconducirse productivamente. El interior geográfico perdió con el desarrollismo y la emigración masiva. Y, no obstante, pervive en la memoria, existiendo junto a una España llena, que aún sueña con la vacía (Sergio del Molino, 2016).

El giro hacia un pasado que se desdibuja con las generaciones posee un caudal insospechado, que esencialmente favoreció, entre otros factores, a las periferias económicamente atractivas, que fueron capaces de conservar una singularidad cultural como bandera simbólica gracias en buena parte a sus pujantes burguesías. En ese contexto, la ciudad de Madrid, que actúa como una sinécdoque

encarnada del Estado central, es a la vez un enorme depósito de memorias que drenó las mesetas y buena parte de Andalucía, Galicia, Asturias, Extremadura. En esa derrota social, cultural, que se transformó con la democracia en una victoria política y económica, se encuentra un enorme almacén subterráneo para el mundo político, despreocupado a la hora de convertirlo en materia para la reconstrucción de un pasado que sirva colectivamente al presente, en un lugar inmaterial de memoria.

L. F. T.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO, Melchor. *El nuevo liberalismo*. Madrid: Librería de Sucesores de Hernando, 1910, pp. 22-23.
- AMAT, Jordi. *La conjura de los irresponsables*. Barcelona: Anagrama, 2017, p. 82.
- AUGÉ, Marc. *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Traducción de Margarita Mizraji. Barcelona: Gedisa, 2000.
- BERMAN, Marshall. *Todo lo que es sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Traducción de Andrea Morales Vidal. Buenos Aires: Siglo XXI, 1989, p. XI.
- FANON, Frantz. *Los condenados de la tierra*. Traducción de Julieta Campos. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1983.
- FOUCAULT, Michael. *¿Qué es un autor?* ElSeminarío.com.ar, 2000-2005. (http://23118.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/musicoterapia/informacion_adicional/311_escuelas_psicologicas/docs/Foucault_Que_autor.pdf, pp. 24-25).
- FREEDEN, Michael. *Ideología. Una brevísima introducción*. Traducción Pablo Sánchez León. Santander: Universidad de Cantabria, 2013, p. 114.
- GIDDENS, Anthony. *The Consequences of Modernity*. Stanford: Stanford University Press, 1996, pp. 17-21.

- GIMÉNEZ, Miquel. *Vozpópuli*, (https://www.vozpopuli.com/politica/clarves-entender-Quim-Torra-independentismo-Cataluna_0_1134787428.html). 12 de mayo 2018.
- GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro. *Historia de las derechas españolas. De la ilustración a nuestros días*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2000, p. 76.
- GRIFFIN, Roger. «Fixing Solutions: Fascist Temporalities as Remedies for Liquid Modernity», *Journal of Modern European History*, 13(1), 2015, p. 17.
- KOSELLECK, Reinhart. «Historia de los conceptos y conceptos de historia», en *Historias de conceptos*, Madrid: Trotta, 2012, pp. 42-43.
- LILLA, Mark. *El fin del liberalismo de la identidad*. España México: Letras Libres, 2016. (<https://www.letraslibres.com/espana-mexico/revista/el-fin-del-liberalismo-la-identidad>).
- MOLINO, Sergio del. *La España vacía*. Madrid: Turner, 2016.
- NORA, Pierre. *Les lieux des mémoires*. París: Gallimard, 1984.
- PARLAMENT DE CATALUÑA. «Declaración de soberanía y del derecho a decidir del pueblo de Cataluña» (<https://www.parlament.cat/document/intrade/7217>). 23 de enero de 2013.
- PASSOLINI, Pier Paolo. *Cartas Luteranas*, Madrid, Trotta, 1997, pp. 42 y 48).
- POLITKÓVSKAYA, Anna. *La deshonra rusa*. Barcelona: RBA, 2008, p. 9.
- SUBIRATS, Marina. *La Maleta de Portbou*. *Revista de Humanidades y Economía*, núm. 6, julio-agosto, 2014. (<http://lamaletadeportbou.com/articulos/una-utopia-sostenible/>).
- TORRA, Quim. «Día de la raza, però quina raça?», *El Matí Digital*, 11 de octubre de 2010 (<https://elmati.cat/dia-de-la-raza-pero-quina-raca/>).
- VALLESPÍN, Fernando. *El País*. 14 de septiembre de 2017. https://el-pais.com/elpais/2017/09/14/opinion/1505408523_326263.html).
- WEBER, Max. *El político y el científico*. Traducción de Francisco Rubio Llorente. Madrid: Alianza Editorial, 1979, pp 163-164.